

5. VALORES QUE QUEREMOS PROMOVER

Lic. Ricardo C. Moscato
Vicepresidente de FLACSI

"Consideramos necesario testimoniar de modo profético los valores del Evangelio, y algunos de ellos de modo prioritario, frente a los retos del contexto latinoamericano..."
Nuestras instituciones promueven un pensamiento alternativo al hoy dominante con diversas estrategias y entre ellas una educación en valores que ayude a internalizarlos y a responder activamente, oponiéndose a las corrientes e ideologías que deshumanizan, marginan en la pobreza a las mayorías, fomentan el secularismo radical y alienan mediante las lógicas del mercado y del consumismo.

Nuestra educación promueve prioritariamente los siguientes valores...
Amor (en un mundo egoísta e indiferente)
Justicia (frente a tantas formas de injusticia y exclusión)
Paz, (en oposición a la violencia)
Honestidad (frente a la corrupción)
Solidaridad (en oposición al individualismo y a la competencia)
Sobriedad (en oposición a una sociedad basada en el consumismo)
Contemplación y gratuidad (en oposición al pragmatismo y al utilitarismo)

Introducción

Nos planteamos el desafío más original del Proyecto educativo: sembrar la esperanza de una síntesis vivencial entre fe y cultura, es decir entre los valores evangélicos y un pensamiento alternativo que responda a los retos de nuestro contexto latinoamericano. Esta síntesis no tiene recetas ni formulaciones abstractas. Se construye desde nuestras prácticas, desde la integración personal y comunitaria entre fe, cultura, ciencia y vida. Reconoce una intuición original: "la vida humana tiene sentido". Esta es la realidad primera y fundamental para Ignacio de Loyola. Hemos sido creados por un Dios que nos ama y estamos invitados a construir el reino de Dios por medio del conocimiento, el amor y el servicio de Dios y de los demás. Los valores, prioridades y compromisos que nos guían a nivel del corazón y de la mente brotan de esta intuición y de esta convicción. (P. Kolvenbach, Roma 1991, Mensaje al Final del Año Ignaciano).

Una meta como la nuestra, explicitada en la Visión compartida y en la Misión (Puntos I y II. PEC) y sintetizada en la expresión de *"formar hombres y mujeres con y para los demás"* implica una educación en valores. Y esta no podrá ser comprendida a menos que asumamos el reto de reflexionar sobre las implicancias de los "valores" en todo lo que experimentamos, compartimos, decidimos y hacemos. Nos urge reflexionar sobre las implicancias de valores como el amor, la justicia, la paz, la honestidad, la solidaridad, la sobriedad, la contemplación y la gratuidad en nuestras instituciones y en nuestras prácticas educativas desde la selección que nos presenta el PEC ante los retos del contexto latinoamericano. También, aprender de los gestos y experiencias de estos valores ya existentes en nuestros pueblos, reconocerlos, compartirlos, potenciarlos.

Son valores que queremos promover desde formatos educativos renovados, haciéndonos cargo de las nuevas formas de aprender y pensar que nutren los procesos educativos. Valores que implican caminar hacia nuevos diseños organizacionales con liderazgos auténticos y creativos para animar desde dentro un pensamiento alternativo al hoy dominante. Pero al mismo tiempo sabemos que para ser efectivos, deben convertirse en testimonios de las personas que integramos las comunidades educativas, "hacerse" cultura institucional y ayudar a transformar la sociedad.

Estamos entonces comprometidos en la formación de un sujeto que comprenda su vida personal y pública dentro de una antropología cristiana como persona abierta a Dios y al otro que se encuentra a si mismo y se realiza "con los demás" y "siendo para los demás". Reafirmar el testimonio profético de los valores evangélicos es poner a la persona como valor

supremo por encima de cualquier valor "abstracto" e invitar a cada uno a realizar en su vida la síntesis personal, abierta a nuevas integraciones, de los valores que explicitamos.

Con ello también afirmamos que la verdad de los valores no solo es cuestión de especialistas o personas "ilustradas" sino que todos tienen acceso a la plenitud de la verdad y a poder comunicarla. Solo Jesús afirmó que la revelación les es dada a los "pequeños" y no es fruto de la conquista de los sabios y que hay que hacerse como niños para comprender las cosas de Dios. Significa a través del testimonio y la promoción de valores afirmar la capacidad de rechazar todo elitismo valorando las personas concretas, incluso y especialmente a los más pobres y excluidos. Para nosotros, como cristianos e ignacianos, Educar en valores es evangelizar, hoy y aquí, en nuestra América Latina.

Hace más de veinticinco años lo advirtió el Documento de Puebla:

"Lo que importa es evangelizar no de una manera decorativa, como barniz superficial sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces la cultura y las culturas del hombre" (Art. 384 cf. EN 19-20) "En el cuadro de esta totalidad, la evangelización busca alcanzar la raíz de la cultura, la zona de los valores fundamentales, suscitando una conversión que puede ser base y garantía de la transformación de las estructuras (Art. 388. EN 18).

Es decir, ir a lo hondo, llegar al corazón, es indispensable. Sin esto la tarea educativa se hace "insípida", superficial, frustrada y frustrante. El "corazón" es la sede de las opciones profundas. Y si desde el corazón descubrimos el genuino sentido de las cosas, desde allí experimentamos también los "valores", la "bondad atractiva" de las cosas. Así, el descubrimiento del sentido es inseparable de una auténtica experiencia del valor. Es el camino de los Ejercicios espirituales, del discernimiento ignaciano.

En su recordado discurso en la Universidad de Georgetown, el P. Kolvenbach nos recuerda que *"toda enseñanza imparte valores y no existen aspectos neutrales, ni siquiera en las ciencias duras..."* Y define con precisión el concepto de valor.

Valor significa literalmente algo que tiene un precio, que es querido, que es de mucha estima o que vale la pena, consiguientemente algo por lo que uno está dispuesto a sufrir o sacrificarse, algo que es una razón para vivir y si es necesario para morir. Así los valores aportan a la vida la dimensión de "significar algo para alguien". Son los raíles que mantienen al tren en su camino y le facilitan el deslizarse suavemente, con rapidez y determinación. Los valores proporcionan motivos, dan identidad a la persona, le ponen facciones, nombre, carácter. Sin valores uno flotaría como los troncos en los remolinos del Potomac. Los valores radican en el centro de la propia vida, definen la calidad de la propia vida y marcan su extensión y profundidad"

Contexto y crisis de valores

El contexto es de "crisis de valores, en un ambiente propicio para la indiferencia valorativa en el que prevalece la libertad individualista, el pragmatismo utilitarista y el hedonismo"(PEC. III)

Vivimos " en la edad del fragmento, de lo parcial y provisorio, de lo débil e inconsistente, de la inseguridad y de lo relativo " (López Azpitarte).

El PEC, al describir el contexto (Punto III) señala los principales retos de la realidad latinoamericana que ponen en crisis a la educación y desafían a nuestras instituciones educativas urgiéndolas a "un cambio de visión, de actitudes y de comportamiento".

La crisis de valores no es tanto que se los niegue sino que nunca se ha hablado tanto de ellos y al mismo tiempo se observe una constante desvalorización e inoperancia de los mismos. El discurso de los valores pierde frecuentemente la capacidad de producir efectos prácticos, es decir conductas que los encarnen. El lenguaje de los valores pierde eficacia simbólica. Son solo palabras, con "status de sonido" pero que no significan, no marcan.

Para encarar con realismo una pedagogía en valores debemos reconocer algunos de los principales peligros de este contexto que afecta directamente a nuestras sociedades, alumnos, padres y profesores. Por ejemplo si "el tener más" es el valor más importante de la sociedad de consumo es difícil no quedar atrapado por esta jerarquía axiológica muy lejana del Principio y Fundamento de Ignacio donde lo único absoluto es Dios y se nos invita a relacionarnos con las cosas según el fin por el cual el ser humano ha sido creado.

Ante las dificultades de una fundamentación cierta y segura aumenta un estilo de escepticismo e indiferencia ante tantas opiniones y tan diferentes "ofertas éticas".

La tolerancia no es entonces fruto de la consideración y deferencia hacia el otro, sino el síntoma de un escepticismo radical: como la verdad no está garantizada, que cada uno actúe y se comporte como le parezca. Este estilo de vida se convierte en un estímulo para la comodidad. Si cualquier oferta ética es tan válida como otras la opción hacia la menos molesta y exigente se hace lógica. Nadie tiene el derecho a exigir o prohibir una conducta determinada, y esto es un desafío al dispositivo educativo, ya que todas son "posibles". Un "hedonismo de base" legitima estos planteamientos y torna "anacrónica" una ética de exigencias y heroísmos. El sujeto de nuestra época aparece como sin consistencia interior, atravesado por una multiplicidad de mensajes y lenguajes, saturado en sus conexiones, volcado a la mera exterioridad y fácilmente manipulable. Una "pantalla líquida", un mundo sin huellas y sin rastros de la experiencia es su metáfora.

Frecuentemente el predominio de lo tecno-económico y la fragmentación cultural facilitan la ruptura entre lo afectivo y lo noético, entre el logos y el eros, entre lo propio y lo global, dificultando la construcción de la identidad, de una subjetividad con "libertad de espíritu" y capacidad de liberarse de los "afectos desordenados".

Solo una permanente actitud de discernimiento, un constante trabajo de autenticidad personal nos puede aproximar al mundo de los sencillos, de los pobres, al "otro mundo". Tenemos mucho que aprender de ellos en clave de los valores que aquí presentamos. Educar es facilitar la identificación del desorden afectivo a nivel personal y señalar el "efecto contagio" de los desórdenes que se están viviendo en la sociedad. Para América Latina es urgente educar para el Bien Común *"como el bien de las personas en cuanto éstas están abiertas entre sí en la realización de un proyecto unificador que beneficia a todas. La noción del Bien Común asume la realidad del bien personal y la realidad del proyecto social en la medida que las dos realidades forman una unidad de convergencia: la comunidad. El Bien Común es el bien de la comunidad"* (Mifsud).

El P. General, Peter Hans Kolvenbach, hablando sobre los valores y las dificultades de la educación nos enfoca en el núcleo del problema (Discurso a la Comunidad educativa de ITESO Guadalajara, 29 Agosto 1990).

"...en un mundo donde el cambio es el factor constante, la educación ha de ser ante todo una crítica a la cultura", a los "valores" predominantes, no siempre justos ni adecuados. Estos seudovalores, transmitidos por la comunicación masiva, acrítica o sesgada, muchas veces son hijos del desconocimiento de los valores culturales propios de los pueblos y de las etnias que se quisieran sacrificar en aras a una mal llamada "cultura universal". Y entonces esos "slogans" que, con demasiada facilidad se presentan como valores, no buscan sino reforzar el prestigio del poder, la vida fácil y placentera. Son evidentes el reto profético y las enormes posibilidades que una situación como la que vivimos actualmente plantean y ofrecen a las instituciones educativas, sobre todo católicas."

Situación donde se instala como cultura un síndrome de devaluación, desjerarquización y descontextualización de los valores. *¿Cuánto de ello reconocemos en nuestras instituciones educativas y en nuestras sociedades?*

Devaluación pues se conservan en apariencia, pero su contenido y práctica se licúa, se vuelve light y se tolera su ausencia práctica, conformándose con un "nominalismo verbal". Devaluación también cuando se construyen "mediáticamente" provocando emoción tan instantánea como fugaz, percepción sin conciencia, potenciación sensorial sin procesos reflexivos.

Desjerarquización significa presentarlos aislados, sin conexión ni jerarquía. Se "toleran" mientras cada uno los interpreta desde su exclusiva "subjetividad". No se piensa que un valor lleva a otro y que lo puede sostener y fundar. Esto implica también su eventual "miniaturización" cuando son reemplazados por valores menores o intrascendentes reducidos a la "vida privada".

Descontextualización es "hablar" de los valores en abstracto, deshistorizados, sin memoria de cómo se fueron gestando y sin mirar la manera concreta de proyectarlos. Cuando hablamos de solidaridad, por ejemplo, o de honestidad, debemos integrar las experiencias de solidaridad y honestidad de nuestra historia, sus momentos fuertes en nuestros pueblos, recuperando memoria, como así pensar las formas que estos valores adquirirán en el futuro y cómo se expresan hoy en nuestras vidas e instituciones.

Qué significa educar en valores

Nuestros procesos educativos se explicitan como personalizados y caracterizados por la promoción de valores en todo el currículo (PEC. IV,6). Se trata de la educación en valores, no educación de los valores (ya que no pueden reducirse a un contenido más a transmitir). Es la educación por los valores. Educación es valorar y ayudar a otros a valorar. Es un "sistema de valores". Para el pensador francés Olivier Reboul, desde el punto de vista de una educación moral laica "toda educación es moral o no es educación".

Educar es ante todo humanizar. Y la acción educativa es ante todo una acción humanizadora, es decir, que desarrolla en todas y en cada una de las personas su potencial más profundamente humano.

Lo dijo claramente el P. Pedro Arrupe:

"¿que es humanizar el mundo sino ponerlo al servicio de la humanidad?

El egoísta no solo no humaniza la creación material sino que deshumaniza las mismas personas. Las transforma en cosas al dominarlas, explotarlas y apropiarse el fruto de su trabajo. Lo trágico es que al hacerlo, el egoísta se deshumaniza a si mismo. Se somete a las posesiones que ambiciona, se hace su esclavo, deja de ser persona con dominio de sí y se convierte en no-persona, una cosa gobernada por sus ciegos deseos y objetivos"

La reflexión filosófica sobre los valores ha insistido en diferenciar el orden del "ser" del orden del "valer" para poner en evidencia que la aproximación racional es insuficiente para captar la esencia del valor. Los valores que "valen" sólo se comprenden en "polaridades". Lo señala nuestra lista de valores a promover: *amor-egoísmo, justicia-injusticia, paz-violencia, honestidad-corrupción, solidaridad-individualismo, sobriedad-consumismo, gratuidad/contemplación-pragmatismo y utilitarismo.*

Suponen el conocer racional pero mucho más: una valoración que en si misma es una comparación y una decisión. Nada vale si no tiene un precio, una pena, un sacrificio, una espera... Implica una ética del carácter.

Desde una lógica de "polaridad" podemos hacer el "*perfil del egoísta*": se instala en un mundo egoísta, indiferente, autoreferenciado y se aleja del amor como valor; opta por el individualismo consumista y rechaza los valores de la *solidaridad y la sobriedad*; queda encerrado en la competitividad utilitarista y no se anima a la *gratuidad y a la contemplación*; absolutizando los medios "naturalizará" la corrupción como un medio más y *ridiculizará la honradez*. Así, desde un mundo egoísta e indiferente, consumista e individualista, corrupto y utilitarista, ¿cómo va a construir paz y justicia en su vida y en su comunidad? ¿Como podrá trascender de su "bien particular" al Bien común? ¿Cómo podrá aprender de lo mejor de nuestro pueblo? *¿En cuanto se acerca este perfil "real" a nuestros "perfiles ideales" de alumnos y docentes?*

Al decir de Tony Mifsud "*el mundo de los valores no es otro que el horizonte de la humanización de la persona humana*". Si el ser humano esta llamado a "hacerse persona" el valor es el marco de referencia dentro del cual se señalan las condiciones y las metas que

permiten la humanización del individuo. El valor hace al polo subjetivo y al polo objetivo dentro de los cuales crecemos y vivimos. Así, todos los valores que especialmente aquí destacamos, son inherentes a la dignidad de la persona humana, cuyo auténtico desarrollo favorecen. Son "valores morales". López Azpitarte lo define así:

"Podríamos definir al valor moral como aquella calidad inherente a la conducta que se manifiesta como auténticamente humana conforme a la dignidad de la persona y de acuerdo por tanto con el sentido más profundo de su existencia. Precisamente por ese carácter totalizante, el valor moral se halla siempre y en todas partes presente, como una urgencia que nunca abandona, como una llamada constante que invita a seguir su voz.... La respuesta específica que provoca el valor ético es la experiencia de la "obligación". En ella se vivencia este carácter ineludible, absoluto, que nos viene de una fuerza que se impone al sujeto desde dentro, pero sin forzar, sin ningún tipo de presión física. Su mensaje penetra hasta el corazón, insistiéndole de manera continua, sin que podamos reducir al silencio su invitación para realizarnos como personas, para humanizar cada vez más nuestra propia existencia, pero al mismo tiempo descubrimos la grandeza desconcertante de la libertad que permite orientar nuestro rumbo por caminos diferentes o hacernos sordos a la voz imperiosa de su llamada....."

Educar desde la perspectiva de los valores aporta un sentido de armonía y de conjunto y es un reaseguro para concepciones reduccionistas ya sean antropológicas o pedagógicas. Al mismo tiempo fortalece el sentido de la comunicación ínter subjetiva y la calidad de la comunidad educativa. Estos valores que explicitamos no solo se proponen para la visión y misión sino para convertirlos en procesos educativos y en cultura institucional. Por su parte, las nuevas formas de aprender y enseñar, la investigación y los nuevos diseños organizacionales y estilos de gestión son mediaciones concretas para encarnarlos en conductas personales y comunitarias con impacto en el cambio social.

Educación en valores y procesos educativos

Los valores desde el punto de vista pedagógico-didáctico no se enseñan como enseñamos contenidos, principios, hechos. Se muestran, se indican, se señalan. Se viven. Los valores deben ser "des-cubiertos" por los estudiantes. Están junto a ellos, frente a ellos, dentro de ellos y quizás no lo advierten. Es necesaria la mediación pedagógica, el acompañamiento personal, el docente que pro-pone, que ayuda a quitar la apariencia que lo cubre, que contribuye a "de-velar" la realidad propuesta. Implica la relación docente-alumno que no puede forzarse. La decisión final es del alumno. Es el ejercicio de su libertad, valor típicamente ignaciano.

El P. P.H Kolvenbach lo dice en otras palabras en su discurso La Pedagogía Ignaciana Hoy (1993)

"Hoy comenzamos a comprender que la educación no humaniza o cristianiza automáticamente... Resulta cada vez más claro que, si queremos ser una fuerza moral en la sociedad, tenemos que procurar que el proceso educativo se desarrolle en un contexto moral. Esto no supone un plan de indoctrinación que sofoque la mente, ni se traduce en cursos teóricos que llevarían a una lejana especulación. Lo que hace falta es un marco de búsqueda que posibilite el proceso de afrontar los grandes temas y los valores complejos" (138)

La institución educativa debe ser un espacio propicio para aprender a "mirar después de ver", a "escuchar después de oír" y a contemplar para superar las apariencias, ejercitando la "inteligencia", la capacidad de ver en lo profundo. Al decir de Jorge Luis Borges, aprender a "percibir las cosas que nadie mira, salvo el Dios de Berkeley". Los valores que nadie percibe en nuestros alumnos, en nuestra sociedad, en las familias, en los más excluidos. Es el ejercicio permanente del "discernimiento". Ignacio nos avisa que fácilmente nos podemos dejar influir por la trama de supuestos falsos, valores contrahechos, mitos clasistas y culturales que distorsionan. Nuestra percepción de la realidad nos invita a desenmascarar las contradicciones ocultas en dichas tramas y las percepciones equivocadas que ellas engendran. La lucha es real, el drama es decisivo. ¿Cuáles son los motivos en nuestras decisiones, a dónde nos llevan? ¿En que bando nos encontramos desde lo más profundo de nuestros corazones?

¿Con Cristo o contra El? ¿Siguiendo "el río infernal de la costumbre", al decir de San Agustín o construyendo alternativas de humanización? (Kolbenbach, Roma, 1991, mensaje al final del año ignaciano) .

El enfoque personalizado ignaciano explicitado en Características y en Pedagogía Ignaciana es un camino concreto de un proceso educativo impregnado en valores, especialmente en los siguientes aspectos:

- La atención personal al alumno, "la relación personal entre el profesor y el alumno que favorece el crecimiento de éste en el uso de su libertad" (CE, n 43)
- La participación activa del alumno de la cual depende en gran parte su crecimiento, madurez, autonomía, necesarios para el desarrollo de su libertad (CE n 45)
- La atención pastoral mirada como una dimensión de la "cura personalis". Esta atención pastoral posibilita que las semillas de la fe y el compromiso religioso crezcan en cada uno capacitándolos para reconocer el mensaje de amor de Dios y responder adecuadamente a El (CE, n 63). Lo mismo podemos decir de los otros valores. Sin atención ni dedicación no dan frutos sus semillas.
- La adaptación a "tiempos, lugares y personas" como criterio ignaciano personalizado que busca darle "color y sabor" a los valores, adecuándonos a las etapas evolutivas de los alumnos. (Ce 147)
- El educador es un testigo de valores y principios ignacianos, un orientador del proceso de crecimiento personal y una presencia educativa que acompaña al alumno en la búsqueda de la verdad
- El proceso educativo debe explicitar el discernimiento personal y comunitario , en el dinamismo de la Pedagogía Ignaciana, a través de la reflexión y en el compromiso por la acción, marcando un estilo ignaciano propio y distintivo, en la "encarnación" de los valores.(CE, n76.Nota 74)

En los valores hay una potencia atractiva que "rompe nuestra indiferencia y la igualdad entre las cosas". Provoca atención y deseo. Lo "que vale" es por esencia contrario a "lo indiferente o lo neutro". Estos valores son "trascendentes", brillan, se destacan, impulsan a la realización .Justamente uno de los vocablos que designa el valor "axiós" significa "arrastrar tras de sí, hacia sí". Provocan "esperanza", no ilusiones, ya sean éstas optimistas o pesimistas. Esperanza realista "ante las cosas" y confianza absoluta solo en el Amor de Dios. Esperanza, que anima todos estos valores, definida por el Cardenal Martini como:

"un dirigir la mirada hacia esa vida que nos viene de Cristo, que está mas allá y por encima de todo aquello que nos defrauda y se nos escapa de las manos. La esperanza es un don gratuito de Dios, es aceptación de ese don... y no depende de condiciones externas más o menos favorables. La esperanza es fijar nuestros ojos en Cristo resucitado, que esta más allá de toda corrupción y mortalidad. Y a partir de aquí la esperanza es también abrir los ojos para ver hasta que punto esta fuerza - que está por encima de la historia- actúa en ella y la atrae hacia sí. Cuando tenemos esperanza somos capaces de mirar a nuestro alrededor y ver los signos de Cristo resucitado en medio de nosotros".

Los "grandes valores" como la justicia, la paz, la solidaridad son "ideales de comportamiento y de existencia que los seres humanos apreciamos, deseamos y buscamos". Es decir son "horizontes de vida". Los compartimos con los hombres de buena voluntad, con la cultura del humanismo. Están en la Declaración de los Derechos Humanos (1948). Resultan imprescindibles, son referencias universales y al mismo tiempo se trata de valores cada vez más incumplidos.

Nuestro punto de vista arranca de los valores evangélicos que le dan una nueva dimensión a estos valores universales. Y de ellos, el amor que encabeza la propuesta del PEC. Recordamos a Pedro Arrupe

Nuestros alumnos han de ser hombres movidos por la auténtica caridad evangélica, reina de las virtudes. Hemos hablado tanto de fe y justicia. Pero es de la caridad de donde reciben su fuerza la propia fe y el anhelo de justicia. La justicia no logra su plenitud interior sino en la caridad. El amor cristiano implica y radicaliza las exigencias de la justicia al darle una

motivación y fuerza interior nueva. Con frecuencia se olvida esta idea fundamental: La fe debe estar informada por la caridad y que la fe se muestra en las obras nacidas de la caridad y que la justicia sin caridad no es evangélica”.

Por otra parte los "grandes valores" se sostienen desde "valores cotidianos". Especialmente en una institución educativa. Allí incluimos la honestidad, la sobriedad, la contemplación y la gratuidad como los señala el PEC. Implícitamente se desprenden la responsabilidad, el esfuerzo, la compasión, la ternura, la generosidad y la esperanza. La opción por una Formación integral es su horizonte de sentido, abarcando una dimensión intelectual y cognitiva, una dimensión volitiva, claramente orientada a "hacer el bien" en las acciones y transformaciones de la vida personal y de las responsabilidades públicas y una dimensión espiritual que incluye la dimensión sapiencial y contemplativa que lleva a cuidar la creación, adorar al Creador y hacerse hermano de todos los hombres, como bien lo explicita la AUSJAL en su Plan Estratégico.

Construyendo condiciones de posibilidad

No se trata de desarrollar un discurso teórico sobre el campo de los valores que registra una amplia bibliografía especializada. Se trata más bien de iluminar nuestras prácticas, de hacernos cargo de las realidades de nuestros alumnos y alumnas desde una actitud de discernimiento. Siendo "pertinentes" y también "impertinentes" y contra-culturales cuando sea necesario, construyendo condiciones de posibilidad para la educación en valores.

Respecto a las mediaciones concretas de las didácticas, métodos, estrategias y recursos de los valores en el formato educativo son abundantes en la etapa inicial y en la primaria, menos en la secundaria y escasas en la universitaria. Es un campo abierto para la creatividad pedagógica y para la investigación educativa, aprovechando el "continuo educativo y las redes cooperativas" (PEC. IV.11) y articulando con "el afuera" de nuestras instituciones, ponderando el impacto social. El nuevo contexto de "la sociedad de la información" y los medios y tecnologías de la información y la comunicación (PEC III.h) son nuevas herramientas para el desarrollo creativo de dichas didácticas y estrategias. Asimismo, la recuperación de la rica narrativa, música y arte latinoamericano. Y no se trata de promoverlos solo en los procesos formales del aula sino en toda la "cultura institucional", en los procesos informales y en la propia vida de cada integrante de la comunidad educativa. Es en este sentido que la educación en valores es "transversal" y es un proceso permanente y sistemático en cuanto eje formativo que involucra a toda la comunidad. Es el corazón de una nueva "gramática institucional" .que "supere estructuras rígidas que inhiben posibilidades de cambio" (PEC. III) .Es una responsabilidad de todos.

Recordamos con la Congregación General 34 (D.4) que *"cultura significa la manera en la que un grupo de personas, vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida. En toda cultura subyace un sistema de valores, de significados y de visiones del mundo que se expresan al exterior en el lenguaje, los gestos, los símbolos, los ritos y estilos de vida"*.

Es en este sentido que al promover una educación en valores estamos promoviendo una cultura que incluya en sus creencias y principios, el amor, la justicia, la paz, la solidaridad, la honestidad, la sobriedad, la contemplación y gratuidad. Y que las incluya expresándolas en las conductas de cada uno en el día a día de nuestras comunidades.

Pero no partimos de cero, sino de la cultura de nuestras instituciones y de las personas que la integran, contextualizadas en nuestras sociedades. Dicha cultura se desarrolla en las personas y cambia con ellas. En una dinámica de autoevaluación (PEC. IV.10) nos preguntarnos por esos valores que queremos promover:

¿cómo se expresan en nuestra actual cultura institucional, en que actitudes se evidencian recorriendo las tareas y las personas claves?, ¿ que comportamientos animan, qué estilo de liderazgo los promueve y los expresa?, ¿como podemos reconocer semillas de esos valores en la historia institucional?, ¿cuales de ellos le dan originalidad fundacional?, ¿como somos capaces de ser referentes de esos valores en nuestra comunidad educativa y eclesial local?, ¿como tenemos en cuenta comportamientos basados en estos valores al seleccionar el personal, definir nuestras prioridades, asignar recursos, tomar decisiones?.

¿cómo reconocemos estos valores en la Visión y Misión y en la cultura organizacional que la sostiene?

¿Cuáles son las brechas entre la cultura actual y la cultura animada por los valores que proponemos? ¿Cómo podremos construir puentes para cerrar dichas brechas?

Educación de la sensibilidad: no basta conocer

Nos recuerda Jesús Montero Tirado que *"los valores se aprenden y asimilan sobre todo en la experiencia mediante la acción. Para lograr el valor el tratamiento pedagógico consiste básicamente en promover actividades de aprendizaje vivencial del valor en la comunidad, es decir en presentar oportunidades específicas para actuar los valores"*.

Y siguiendo el camino de la Pedagogía Ignaciana sólo a través de la acción puede lograrse un auténtico compromiso siempre que sea acompañada de la oportuna reflexión y evaluación. Los valores, por su misma índole, son un espacio relacional de la teoría y la práctica. Se aprecian con la afectividad y ésta confluye con el conocimiento en los juicios de valor, en las grandes y pequeñas opciones de la vida. La educación trabaja con los tres "anclajes" de los valores sintetizados por el P. Kolvenbach:

"Los valores tienen tres puntos de anclaje. En primer lugar están anclados en la cabeza. Yo percibo, veo las razones por las cuales algo tiene valor y estoy intelectualmente convencido que la cosa vale. Los valores están también anclados en el corazón. No sólo la lógica de la cabeza, sino también el lenguaje del corazón me dice que algo es valioso, de tal forma que no sólo soy capaz de percibir algo como valioso sino que también quedo afectado por el valor que representa." "Donde está tu tesoro está tu corazón"- Cuando la cabeza y el corazón están interesados, la persona está interesada. Esto nos lleva al tercer punto de anclaje, a saber "la mano". Los valores conducen, y ello de forma necesaria a decisiones y acciones. "El amor se muestra con obras, no con palabras".

¿Cómo se trabajan en nuestras instituciones educativas estos tres "anclajes" de los valores? ¿Facilitamos a través de nuestra propuesta académica la percepción y conocimiento de los valores propuestos?

¿Promovemos experiencias para sensibilizarse, sentir y dejarse afectar por dichos valores?

¿Creamos las condiciones para la toma de decisiones y acciones que transformen estos valores en obras?

El mismo PEC (P. III Contexto) nos invita a revisar nuestros currículos frecuentemente "más centrados en contenidos que en valores y competencias, con un exagerado aprecio por lo intelectual sobre otras dimensiones y áreas" y nos invita a una "educación para la sensibilidad que forme personas sensibles a todo lo que es humano".

El camino ignaciano: una pedagogía de los deseos y de la libertad

Un eje que atraviesa a toda la pedagogía ignaciana es *"la cura personalis"* como instrumento para la invitación personal "de la vocación" de cada alumno, para tener "deseos de deseos", para superar los obstáculos de la propia historia personal. La propuesta educativa se convierte entonces en una lucha contra la fatalidad, en una rebelión contra los determinismos que la historia pasada pareciera condenar al alumno, en la construcción de "otro destino". Por eso, los valores propuestos se ofrecen, a través de sus educadores, a la libertad de los alumnos. No basta conocer los valores, ni aún ser receptivo a ellos. Es necesario dejarse "afectar" por ellos. Es necesario el compromiso y la responsabilidad en la acción como respuesta personal y comunitaria a dicha invitación. Implica "formación del deseo", y en lenguaje ignaciano, formar para permitir "ordenar la vida". Esa vida "ordenada" a través de valores a su fin de "alabar y servir a Dios" camina hacia la conversión, hacia la participación sin reservas en la Creación y en la Salvación. El camino ignaciano de la formación en valores implica entonces conocer, sentir y actuar, "discernir" la verdad, "desear la libertad" y actuar con competencia en la transformación personal y social.

No basta la transmisión de datos e informaciones. *"El conocimiento de un valor ético es mucho más complejo y difícil que el de una mera realidad empírica. No es un fenómeno puramente*

racional. El sentimiento y la sensibilidad forman parte de él como estímulo y condición previa que llevan a una reflexión posterior para comprender el valor de una conducta en orden a la significación progresiva de la persona o como obstáculo para este objetivo" (López Azpitarte).

Es necesaria una sensibilización previa, que facilite la captación del bien, la comprensión del sentido. En esta tarea la incidencia de la familia y de la escuela es decisiva, aún en un contexto de nuevos tejidos sociales. Reconocer la importancia de la honestidad, el respeto a los demás, la ayuda solidaria, el sentido de la justicia, el talante de la paz, las exigencias del bien común, la alegría de la gratuidad y de la sobriedad no son un conocimiento innato ofrecido por la naturaleza sino un descubrimiento personal que no es posible sin preparación, sin educación. Requiere una verdadera decisión para comprometerse con estos valores y transformarlos en conductas postergando exigencias y valores más agradables y sensibles que no exigen lucha personal. Se trata por tanto de un conocimiento que va más allá de la pura razón, que implica sensibilidad y compromiso. Implica una "pedagogía de la percepción creativa" en el nivel de la experiencia ignaciana.

Estos valores humanos y humanizantes nos ayudarán como institución educativa a superar enfoques "academicistas", (de hegemonía de "hemisferio izquierdo"), insertando los saberes en el marco más amplio de lo ínter subjetivo, de la comunicación, del salir de sí para ayudar a otros, de la praxis social. Por otra parte, nos rescatarán de un enfoque tecnológico-utilitarista al conectar sus elementos positivos con la integralidad de lo humano y de lo cultural, abriendo las puertas de la gratuidad y del misterio.

Desde ya, este camino ignaciano no excluye aprender de enfoques que enfatizan otros aspectos. Por ejemplo aquellos que priorizan la dimensión cognitiva del valor señalando que lo importante es su conocimiento y comprensión como aquellos que insisten en la capacidad de elaborar los juicios o razonamientos morales correctos. (Kohlberg, Raths, Harmin y Simon).

Pero la experiencia nos muestra que así como no toda instrucción humaniza, comprender intelectualmente los valores o elaborar los juicios morales correctos no asegura las acciones correctas ni el compromiso afectivo necesario para sostener los valores .en la vida cotidiana. El compromiso afectivo y la experiencia personal son hoy más necesarios que nunca en el mundo multicultural y plural para no caer en un "subjetivismo axiológico superficial", en una especie de "valores a la moda", frecuentemente instalados, y "reducidos" por los medios de comunicación social.

Los valores que no han sido asumidos porque no han sido interiormente experimentados quedan fuera de lo propio del sujeto y en definitiva no se sostienen. En expresión de González Buelta para asumir y experimentar estos valores necesitamos una *Pedagogía de lo ojos cerrados y una Pedagogía de los ojos abiertos*: interioridad y encuentro personal y acción y experiencia social.

Estos valores, vividos y encarnados en actitudes y conductas se pueden convertir en virtudes, en "hábitos operativos buenos" de las personas que integran nuestras instituciones y ofrecidos " con y para los demás". Podemos revisar los perfiles de nuestros alumnos y docentes en función de las prácticas de estos valores hechos virtudes. Formar en valores es entonces formar en ayudar a adquirir virtudes, en aprender a ser justos, solidarios, honestos, austeros. Y esto implica esfuerzo, lucha interior, acompañamiento. Caso contrario, el discurso teórico sobre los valores, estos u otros, resulta contraproducente, deslegitima la misión y destituye la institución ya que no "produce lo que enuncia".

Treviño y Patiño González, citados por Montero Tirado, se preguntan qué valores debemos promover en la tarea educativa. Proponen tres criterios de elección que podemos ver reflejado en nuestra elección del PEC

- a) valores mínimos que el ser humano debe asumir, al decir de Adela Cortina. Una ética de mínimos, indispensables y necesarios pero no suficientes.

- b) aquellos valores que son más adecuados a la etapa y edad de los alumnos, que pueden ser mejor comprendidos y "contextualizados" en la propia experiencia.
- c) los valores que mejor expresan las necesidades y carencias de la sociedad. Es decir los valores que vienen a expresar la aspiración de lo que "falta en la sociedad".

Como dice Italo Calvino "...cada ciudad recibe su forma del desierto al que se opone, y así ven el camellero y el marinero a Espina, ciudad de confín entre dos desiertos".

La "forma" de nuestras instituciones será de comunidad educativa frente al desierto funcionalista, será de solidaridad, frente al desierto de la injusticia y el individualismo, será de sobriedad y gratuidad frente a los desiertos del consumismo y el utilitarismo, será de contemplación y respeto frente al desierto del activismo depredador de la Creación.

El valor del ejemplo

Los valores no se transmiten por conceptos, sino por testimonios, por ejemplos.

En los Ejercicios Espirituales, especialmente en Principio y Fundamento, el ejemplo vivo es la persona de Jesucristo. Es un ejemplo en la relación con las cosas, con los bienes y con la naturaleza, pero sobre todo en su relación con las personas. Se acerca y recibe a las personas humildes, sinceras y pobres. Amonesta a los egoístas, poderosos, autosuficientes. Es decir, la jerarquía de valores, el uso de las cosas y las relaciones con las personas "tanto-cuanto" está mostrado con el ejemplo (R. Antoncich).

El Cardenal Martini nos señala que una educación en valores solo es posible como una educación basada en el ejemplo:

"Puesto que en realidad hay muchos ejemplos negativos la actividad educativa parece condenada al fracaso. No obstante convendría recordar otra verdad: el mundo del niño y del adolescente es un mundo singular en cuya perspectiva hay figuras que totalizan la experiencia humana, mientras que hay otras que para él son secundarias. Lo importante es que tenga unos ejemplos, que aunque sean muy pocos, tengan tal importancia para él que lleguen a ser, de alguna manera, irrefutables en la medida en que la experiencia pueda assimilarlos".

No en un ilusorio ejemplo de todos, sino de los que dejan "huellas".

Esto no significa "imprimir- estampar" valores contra la resistencia que ofrecen sus destinatarios. No significa manipular ni imponer. El dominio exige fuerza, control, el querer influir y manipular agota y entristece. En cambio, la apertura y empatía respecto a los valores y al sentido de las cosas nos "anima" y habla al corazón. La energía, no se encuentra entonces en el dominio ni en la manipulación sino en el diálogo, en el encuentro, en la apertura hacia el "otro".

El ejemplo y la encarnación de los valores pasan por el corazón, nos exige "cura personalis".

No es desde afuera que penetra algo en la carne y en la sangre, en la construcción de la identidad, sino desde dentro, desde el corazón. Y exige lucha espiritual, discernimiento personal y comunitario.

Ya Aristóteles señalaba que para saber cuáles son las acciones virtuosas bastaba observar la conducta del hombre virtuoso. Es decir, que la reflexión sobre los valores no puede separarse de la vida moral realmente vivida y no meramente enunciada.

Es el camino que tenemos por delante con estos valores enunciados en el PEC.

Encarnarlos en conductas de nuestras comunidades educativas, transformarlos en semillas para "re alfabetizar en valores" las sociedades de América latina. Aprender de los gestos cargados de valores ya presentes en nuestros pueblos.

El valor ético y el Principio unificador

Sabemos que no todos los valores están al mismo nivel. Existe una escala de valores que se relaciona con las múltiples facetas de la persona. Siguiendo a Mifsud distinguimos valores biológicos que responden a necesidades fundamentales del ser humano (alimentación, salud),

valores parciales que apuntan a todo aquello que posibilita y fortalece el crecimiento integral de la persona dentro de su contexto histórico (la educación, el trabajo) y los valores ético-religiosos que toman al ser humano en su totalidad al responder al horizonte de sentido de su existencia.

Todos constituyen una "unidad integradora" pero desde partes distintas. El valor moral exige el cumplimiento de los otros dos. Todos los valores interesan a la persona, constituyen un valor para ella, pero lo típico del valor moral es que no la perfecciona en una sola dimensión sino en la totalidad de su existencia. Son una llamada a su libertad en cuando responsable de su propio destino. Podemos decir que los valores enunciados en el PEC se sintetizan en el valor ético *"que se halla siempre presente, como una urgencia que nunca abandona, como una llamada constante que invita a seguir su voz, como un testigo que recuerda olvidos y estimula la decisión"* (López Azpitarte). Se trata del valor ético del amor, de la justicia, de la paz, de la honestidad, de la solidaridad, de la sobriedad, de la contemplación y de la gratuidad.

En "épocas posmodernas", de subjetividades lábiles, donde los alumnos y profesores reciben múltiples influencias sociales que penetran en sus ámbitos de creencias y valores es necesario preguntarse si el valor moral es solo una realidad subjetiva (cada uno crea sus valores y su escala) o es una realidad objetiva (el valor reside fuera de la persona). Ni individualismo ni imposición desde fuera. Pensamos los valores y en especial el valor moral como *"la síntesis abierta de lo subjetivo y lo objetivo, tal como la persona humana es a la vez individuo y miembro de una sociedad"*.

Si bien el valor hace a lo humanizante y a lo deshumanizante de la persona, es ante todo propuesto a su libertad como proyecto para su autorrealización dentro de la sociedad. A su vez, constituye una realidad objetiva en cuanto se presenta como proyecto universal que permite la realización de la persona en un ambiente humanizante (valores de la justicia, el amor, la solidaridad, la honestidad), pero es también una realidad subjetiva ya que es preciso que sea asumido y encarnado por el ser individual en conductas concretas (ser y hacerse justo, amigo, solidario, honesto.) en un contexto concreto.

El valor es entonces la encarnación del proyecto ético. Justamente la elección del valor supremo de ese proyecto ético es lo que diferencia a distintos sistema ético-morales. Mifsud lo describe así:

"así encontramos la ética aristotélica de la felicidad, la ética utilitarista, la ética kantiana del deber del imperativo categórico y otras más. Para la moral cristiana el valor supremo no lo constituye un principio abstracto y objetivo, sino una Persona y su mensaje: Jesucristo y su causa. El valor supremo coincide con el principio unificador que permite una exposición sistemática de una ética o moral. Si Jesús el Cristo es el principio unificador y el valor supremo para la moral cristiana, sus palabras y sus gestos constituyen todo el programa de la moral cristiana".

Desde la fundación de los primeros colegios en vida de San Ignacio, la Pedagogía Ignaciana se basa ante todo en un acto de fe en la Encarnación *"es en el terreno de las relaciones de los hombre entre sí, de su creatividad cultural, de su intervención en el mundo, donde se revela el Dios creador y salvador"* (JP Laurent)

Y así como la espiritualidad ignaciana es una manera entre otras de "vivir el Evangelio", nuestra propuesta educativa, es un modo, entre otros, de asumir las responsabilidades y conformar la vida a los valores evangélicos. El aporte original del cristianismo al mundo de la ética es que la persona no se enfrenta con un mundo objetivo, abstracto, impersonal de principios y valores sino que está invitada a compartir la anticipación del reino de Dios. En palabras de Paulo VI, la "civilización del amor". Por tanto los valores no son sólo una condición necesaria para permitir la convivencia humana, sino que nos abren a la conversión y a la salvación.

Vale recordar al Documento de Puebla cuando dice que *"les invitamos a ser constructores abnegados de la Civilización del Amor según la luminosa visión de Paulo VI, inspirada en la palabra, en la vida y en la donación plena de Cristo y basada en la justicia, la verdad y la libertad"*

Diálogo desde los valores

La opción por una educación en valores y por un conjunto de valores que queremos promover implica, al mismo tiempo que profundas convicciones, el respeto a las diferencias culturales y sociales en el marco del pluralismo. Justamente, el testimonio de estos valores en nuestro contexto latinoamericano apuntando al desarrollo de la calidad humana en las personas y al desarrollo integral de nuestros pueblos nos ayuda a evitar la intolerancia dogmática y la cerrazón de las ideologías que descalifican sin conocer ni apreciar otros modos de pensar y actuar. Desde ya esto no significa un relativismo que ignore nuestras certezas fundamentales. El diálogo, fundado en "la verdad, la justicia y el amor", como el propio PEC lo define (PEC IV.4) no renuncia a sus propias convicciones y se abre al descubrimiento de valores compartidos, en medio de las diferencias.

Nos recuerda el P. González Buelta que San Ignacio en las Contemplaciones de la Encarnación y del Nacimiento de Jesús nos enseña a unir el más crudo realismo de la historia con la acogida más íntima y gozosa de la cercanía salvadora de Dios.

"no quedamos encerrados en la confrontación y dureza del mundo, sino que ahí mismo, en el fondo de nuestra fragilidad contemplamos cómo se nos revela la presencia frágil de Jesús, el compromiso sorprendente de Dios con nosotros "Dios, la plenitud total, quiso habitar en Jesús para por su medio reconciliar consigo el universo (Col, 1, 19-20)"

Ignacio estaba convencido que el mundo está lleno del espíritu de Dios, trabajando por nosotros, como Creador y Redentor. De ahí el deseo de "encontrar a Dios en todas las cosas", de descubrir su bondad, aun en medio de la maldad humana. Desde esta experiencia contemplativa puede nacer en nosotros una sensibilidad nueva para contemplar el mundo actual. Sin esta nueva sensibilidad no podremos asumir estos valores, no podremos percibir "los brotes de vida nueva" aún en medio de cualquier esclavitud. Desde los valores vivenciados y luchados estamos invitados a un encuentro íntimo y personal con Dios en medio de la historia y a un compromiso activo por esa novedad que Dios va haciendo surgir en nosotros.

Reconocemos que la visión cristiana que subyace en los valores explícitamente presentados en el PEC ya no aparecen como "el único proyecto ético con validez universal", pero ello no implica renunciar al testimonio profético de los valores del evangelio o "rebajarlo" en versión light o "políticamente correcta" para que sea aceptado en el mercado de las opiniones. La advertencia de Jesús sobre la sal que se vuelve insípida y "no sirve para nada sino para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres" (Mt. 4,13) nos interroga hoy más que nunca. Como dice López Azpitarte *"la moral católica no tiene que cambiar por el hecho de estar situada en una sociedad pluralista. Al contrario, en un mundo donde las prácticas y las creencias no ayudan para nada y existen otros múltiples atractivos, la luz y la fuerza del evangelio deberían tener una presencia mucho mayor"*

"Escuchad, Salió el sembrador a sembrar. Y sucedió que al sembrar...."

Quizá la parábola del Sembrador (Lc. 8, 4-9) nos ayude a comprender el desafío de nuestra "educación en valores" desde las instituciones educativas en la nueva dinámica del PEC Siguiendo la reflexión del Cardenal Martini la semilla es la Palabra, la Fe, la invitación a vivir los valores evangélicos haciéndolos "vida". Como los valores, la semilla es sembrada, confiada al "curso vital de la libertad humana".

La primera es efímera. Cae al borde del camino, "vinieron las aves y se la comieron". Diríamos, cae al "borde" de nuestras instituciones, se licúa en "transversalidades teóricas", las aves de la rutina, de la pereza, de la indolencia rápidamente las hacen desaparecer.

La segunda cae en terreno pedregoso, había poca tierra, no tenía raíz. Había un mínimo de crecimiento, de gran fragilidad, pero el "brote" no resistió y se secó. Si presentamos valores abstractos, descarnados, sin mediaciones personales, los brotes de estos valores no resistirán el "sol" de los "tiempos líquidos y las subjetividades lábiles actuales". ¿Dónde y cómo están las raíces en nuestras comunidades educativas?

La tercera "que cayó" y "creció" entre cardos, no dio fruto, sucumbió en la lucha, no fue "con y para los demás". Posiblemente los "anti valores" predominaron en el corazón de muchos a los auténticos valores. Creció pero sin "eficacia en la acción", sin transformar a los demás. ¿Cuales son los "cardos" en nuestras instituciones que ahogan las buenas semillas?

Finalmente la cuarta cae en "tierra buena" "y creció, se desarrolló y dio fruto" El valor, los valores se hacen conducta, vida. El bien particular se resignifica en la búsqueda del Bien Común. Se rompe la indiferencia. Así, la semilla viene de lo alto, no nace de la tierra, y la palabra de Dios viene de afuera, no es el producto espontáneo de la inmanencia religiosa. Los valores tampoco son espontáneos. Se siembran y se cultivan. Se educan. Se acompañan. Pero la palabra, y los valores, se convierten en forma análoga a la semilla, en una sola cosa con la tierra y a partir de su inserción en el corazón de la vida, germinan lentamente, apenas se ve y es preciso defender el brote, sumamente tierno, de las piedras, de las espinas, de todas las fuerzas adversas. No somos los dueños de la semilla, ni somos quienes la hacemos crecer. Sí, preparamos el terreno, quitamos pacientemente todo lo que la obstaculiza, promovemos lo que la favorece. Pero no depende de nosotros provocar la respuesta favorable que procede de la libertad desde el momento que Dios se confía a la libertad humana, al "terreno del corazón", aceptando también la respuesta negativa. Y esto es importante para comprender que la formación en valores es un proceso lento en un mundo rápido, un signo pequeño y simple en una sociedad del espectáculo, un acto de siembra de libertad en un contexto escolar con "gramáticas pedagógicas conductistas" que confunden enseñar con aprender, imponer con proponer. Como decía proféticamente Pedro Arrupe de los egresados de nuestras instituciones: *"Toda su vida estará sometida al juego de fuerzas con las que él influye en el mundo y con la que el mundo influye en él. De la resultante de ese juego de fuerzas dependerá que mantenga su vivencia evangélica personal y de servicio o viva en una neutral atonía o sea absorbido por la indiferencia y la increencia"*.

En un momento crucial de nuestra América latina, y de nuestro apostolado educativo la fuerza de la parábola tiene mucho para decirnos. Como comunidades educativas ignacianas somos el terreno, la semilla existe y depende de nosotros ser piedra, espinas o tierra fértil.

Bibliografía de consulta

- Antoncich, Ricardo. Espiritualidad y Plan apostólico. website CPAL
Arrupe, Pedro. Los colegios hoy y mañana
AUSJAL. Plan estratégico 2001-2005.
García, Beatriz. Educar en valores desde la escuela necesaria. Colección Procesos educativos. Fe y Alegría
Gonzalez Buelta, Benjamín. Salmos para sentir y gustar internamente. website CPAL
Kolvenbach, PH. Selección de escritos. 1983-1990. Provincia de España.
Klein, Luiz Fernando. Actualidad de la pedagogía jesuita. ITESO. 2002
Laurent, Rotsaert, Dumortier y otros. La tradición jesuita. Enseñanza, espiritualidad y misión. AUSJAL, Universidad Católica de Uruguay, U. de Namur. Montevideo. 2003
López Azpitarte, Eduardo. Hacia un nuevo rostro de la moral cristiana. Cuadernos de fe y Cultura. Universidad Iberoamericana-ITESO. México. 2000
Martini, Carlo Maria. Por qué Jesús hablaba en parábolas. Verbo Divino. España. 1997
Mifsud, Tony Hacia una moral Liberadora. San Pablo-ILADES. Santiago de Chile. 1993
Montero Tirado, Jesús. Educación Ignaciana y cambio social. Ediciones Loyola. San pablo. 2003.
Pedagogía Ignaciana, un planteamiento práctico. ICAJE. 1993